

BERNARDO DE GÁLVEZ Y FRANCISCO SAAVEDRA, UNA AMISTAD DECISIVA

Bernardo de Gálvez and Francisco Saavedra,
a decisive friendship

Manuel Moreno Alonso

Universidad de Sevilla (España)

La amistad de Francisco Saavedra (1746-1819), estadista muy relevante de España durante los reinados de Carlos III, Carlos IV y Fernando VII, ofrece muchas claves para el conocimiento de los tiempos de juventud de Bernardo de Gálvez, cuando éste llevó a cabo la aventura americana.

Palabras clave

Estados Unidos, España, Guerra, Independencia, América, Pensacola

The friendship of Francisco Saavedra (1746-1819), very important statesman of Spain in the reigns of Charles III, Charles IV and Ferdinand VII, offers many keys for the knowledge of the time of youth of Bernardo de Galvez, when this one carried through the American adventure.

Keywords

United States, Spain, War, Independence, America, Pensacola

Francisco de Saavedra (1746-1819), primer ministro de Carlos IV y hombre que alcanzó la mayor representación durante la guerra contra Napoleón como presidente de la Junta de Sevilla, miembro de la Junta Central y regente, fue el gran amigo de Bernardo de Gálvez. Lo fue también de la mujer de este último, Felícitas Maxent, la hija de Monsieur Gilbert Antoine de Saint Maxent.

En su juventud, gracias precisamente a la amistad con Bernardo, fue protegido del tío de éste, el todopoderoso ministro de Indias, D. José de Gálvez, quien, con el tiempo, le encargó llevar a cabo una acción altamente confidencial en la empresa de Pensacola. Lo envió desde Madrid como «comisario regio» –cargo sin precedentes para este tipo de acciones– para esta empresa, en la que Bernardo desempeñó una acción tan destacada.

En la brillante y excepcional carrera política y militar de Saavedra fue fundamental la amistad con Bernardo de Gálvez. Aunque, a diferencia de éste, la estrella de Saavedra brilló con luz propia después de la muerte sucesiva de Bernardo y de José de Gálvez. Buena parte de lo cual se debió a que su acción, verdaderamente trascendental, fue siempre discreta. Andando el tiempo, después de su paso por el ministerio y por los cargos de responsabilidad en la lucha contra los franceses, a él se debió su acción clave en la defensa de Cádiz, durante el asedio napoleónico de la ciudad, en tiempos de las Cortes gaditanas, como miembro de la Regencia, junto con el propio general Castaños y el almirante Escaño.

Como miembro de la Junta de Sevilla, primero, y, después, como miembro de la Junta Central y de la Regencia, él fue, igualmente, la autoridad de la España patriótica que más se interesó por los asuntos de América. Una preocupación que comenzó en él en los años de su juventud, desde que conoció a la familia Gálvez.

Muchos años después, cuando ésta había dejado de existir, él habría de ser de todas las personalidades que tuvieron responsabilidades en la dirección de la guerra napoleónica, la única, probablemente, que no sufrió el desgaste que, por unas razones u otras, devoró a los demás lo mismo en el orden político que militar. Su prestigio llegó entonces a tal grado que, cuando dejó de ser miembro de la Regencia, hasta fue propuesto para diputado a las Cortes. Incluso después de la guerra, cuando tantas conductas fueron objeto de sospecha y de persecución política, su prestigio se mantuvo incólume hasta su muerte en Sevilla, su ciudad natal, en 1819.

Como la misma biografía de Bernardo, la de Saavedra –mucho más larga– constituye una novela apasionante desde su nacimiento en Sevilla has-

ta su muerte, también en Sevilla. Algo que puede comprobarse leyendo sus *Memorias de un ministro ilustrado*, un libro que dediqué de forma sumaria a sintetizar su vida recogiendo fielmente sus propios recuerdos (Sevilla, Ed. Castillejo, 1992). Pues Saavedra es un personaje extraordinario que ofrece claves fundamentales para entender la España no sólo de Carlos IV, Fernando VII, la Guerra de la Independencia y los años de la postguerra, sino la España de Carlos III, en que se forjó sus relaciones con los Gálvez.

La amistad con los Gálvez

En los lejanos años del reinado de Carlos III, el joven Francisco Saavedra comenzó a convertirse en un personaje que aclara numerosos aspectos que permanecen ignorados o mal conocidos. Como es el caso, precisamente, de sus relaciones con los Gálvez. De Bernardo, de quien fue, probablemente, su mejor amigo. De D. José, el poderosísimo ministro de Indias. De su mujer, la condesa, y de su hija, Adelaida. De D. Matías, presidente de Guatemala y, después, virrey de México al igual que su hijo Bernardo. De D. Miguel Gálvez, miembro del Consejo de Guerra, y hasta de D. Lucas Gálvez, gobernador de Campeche, que fue asesinado en Yucatán en un crimen pasional.

Su pronta conexión con el círculo de poder de los Gálvez permitió al joven Saavedra entrar en contactos, al máximo nivel, con miembros destacados de la Corte, con los distintos ministerios, con el propio Floridablanca y con las autoridades francesas. Debido a su sobresaliente talento, del que hay tantos testimonios, no puede extrañar que fuera elegido comisario regio para la intervención de España en los Estados Unidos. Para lo cual debió tenerse en cuenta su discreción, sus cualidades diplomáticas natas, su sagacidad y su competencia.

En la tardía fecha de 1822, cuando hacía ya tres años que había muerto, un analista tan fino como José María Blanco White, siempre tan crítico, hizo del personaje un retrato muy revelador en sus famosas *Letters from Spain*, que tanto éxito alcanzó en Inglaterra. En este retrato, en su *Carta décima*, dijo que era un hombre «de gran sagacidad natural y aguzada por la lectura y observación de la vida real». También dice que, siendo primer ministro en 1798-1799, «el rey se lo pasaba en grande con las dotes de conversador y su inagotable reserva de buenas anécdotas», con lo cual transcurría el tiempo en los Consejos y poco se decidía.

No sería arriesgado pensar que en aquellas tardes y noches, en las que no sólo el rey y la reina, sino los ministros, le oían embobados, les hablaría de los grandes días de la independencia de los Es-

tados Unidos. Y muy particularmente, de la política americana de D. José de Gálvez, de las virtudes militares y políticas de Bernardo, de los ingleses, franceses y angloamericanos (como suele decir en sus escritos) y, más en particular, de su participación en la acción de Pensacola.

Asuntos que, desde el punto de vista de las implicaciones del joven Saavedra, no son nada fáciles de resumir. Pues la acción de Saavedra en aquellos acontecimientos o sus mismas ideas sobre América y los comienzos de la historia de la nueva nación norteamericana, comprenden muchas páginas de sus escritos, no pocos de los cuales se conservan en su archivo, conservado en la Cartuja de Granada.

Aspectos del mayor interés biográfico e histórico que tienen su punto de partida en la amistad íntima que el joven Saavedra trabó con Bernardo de Gálvez a partir de 1776, cuando ambos tenían treinta años de edad. Las simpatías entre ambos fueron recíprocas desde cuando ambos se conocieron en un viaje realizado conjuntamente por orden del general O'Reilly. «El lunes santo, 10 de abril –escribió Saavedra–, marché en compañía de D. Bernardo de Gálvez, capitán del Regimiento de Sevilla, con quien sin habernos casi tratado tenía yo una gran simpatía, la cual, como suele suceder, hallé que era recíproca. Íbamos a caballo, y tuve una marcha muy divertida porque me contó varios pasajes de su vida, que era una verdadera novela».

Éste fue el comienzo de una profunda amistad, que decidiría el futuro del propio Saavedra. «Formamos entonces una íntima amistad, que fue en algún modo el fundamento de mi suerte ulterior», escribió años después en sus *Decenios* Francisco Saavedra. Amistad que siguió incrementándose cuando, herido Bernardo en una pierna en la expedición de Argel, Saavedra lo acompañó en su convalecencia en El Puerto de Santa María, cuando compuso una tonadilla de la expedición. «Era hombre de mucha habilidad para todo, y de gusto muy especial en la música», dirá Saavedra de su amigo.

Poco después, a finales de enero de 1777, ambos amigos volvieron a encontrarse en Sevilla cuando Bernardo iba de paso para Madrid. Fue entonces cuando el propio Bernardo le dio la noticia de que había muerto el ministro de Marina e Indias, Fray Don Julián de Arriaga, y que este ministerio se había dividido; confiéndoselo el de Indias a su tío José de Gálvez, «con quien ofreció introducirme si nos veíamos en Madrid». Al joven Saavedra no le pasó por alto lo que aquello podía significar para él, como asimismo escribió en sus Memorias: «Puedo asegurar que desde este punto me dio el corazón que la suerte me llamaba por este ramo, aunque no se verificó hasta más de dos años después, cuando ya había renunciado a esta esperanza».

Gracias a Bernardo, el primer encuentro de Saavedra con D. José de Gálvez se produjo pocos meses después, en junio de 1777. Previamente, Bernardo había introducido a su amigo en la casa de su tío Miguel de Gálvez, consejero de Guerra, cuya amistad «me fue sumamente útil», escribirá el sevillano. Un año después, en 1778, –Saavedra precisa la fecha, que fue el 27 o 28 de julio– Miguel de Gálvez le dijo que su hermano D. José había hablado con el rey acerca de él.

En el Ministerio de Indias

Por fin el encuentro decisivo de Saavedra con el ministro de Indias se produjo varias semanas después, en la Granja de San Ildefonso, el 20 de agosto de 1778. «Me esperaba con impaciencia», y «me recibió con los brazos abiertos», dirá el joven sevillano.

Como la misma biografía de Bernardo, la de Saavedra –mucho más larga– constituye una novela apasionante hasta su muerte muchos años después

Don José de Gálvez le dijo a éste «que se hallaba engolfado en uno de los negocios más arduos que habían ocurrido en mucho tiempo», «y que contaba conmigo para que le ayudase en la ardua empresa que tenía sobre mí». El «negocio» no era otro que la preparación del decreto de libertad de comercio para los puertos de América. A partir de este momento, la relación de Saavedra con el ministro Gálvez, le llevó también a entrar en contacto con el ministro Floridablanca, y con la Corte, a la que siguió a El Escorial.

Junto con el «negocio» del Decreto, otro asunto, de la máxima importancia, acaparó la atención del ministro de Indias, y por tanto, la suya: la guerra de Inglaterra con los Estados Unidos. Pues, en palabras del propio Saavedra, «el espíritu de la guerra se había comunicado a manera de un fuego eléctrico a todas las partes del mundo». Por de pronto, dentro del territorio americano, los franceses habían enviado allá algunos oficiales con tropas. Y el almirante, Conde de Estaing, había hecho «excursiones» por las costas americanas al frente de su escuadra «con

éxito muy vario». Mientras, «el gran genio de Washington neutralizaba los esfuerzos ingleses».

La guerra de los Estados Unidos atrajo el interés máximo de Saavedra dada su condición de hombre prudente e imaginativo, que tenía sus propias ideas sobre el panorama internacional. Desde su punto de vista, a España «no le convenía que los ingleses conservasen el poderío marítimo que se habían arrogado». Pero, al mismo tiempo, «no podía mirar sin gran recelo la independencia de los angloamericanos vecinos a sus más ricas posesiones».

Mientras tanto, la política del Ministerio español fue la de guardar la neutralidad, a pesar de la «continua» influencia a favor de la intervención de España por parte del embajador francés en la Corte, Conde de Montmorin. Al tiempo que, por su parte, el gabinete británico no creía que «la nación que poseía más dominios en América se decidiese por el partido que aspiraba a erigir en ella una potencia independiente».

Al final, tras numerosas dudas e indecisiones, prevaleció la solución militar. Y la guerra contra Inglaterra se declaró en mayo de 1778. Con la particularidad, no poco sorprendente, de que el Manifiesto de la declaración fue escrito de puño y letra por el propio Francisco Saavedra. Los acontecimientos se sucedieron precipitadamente. El 20 de mayo se comunicó la declaración a los «Jefes de Indias», y el 21 de mayo se promulgó la declaración en España «solemnement».

Todo lo cual revela que Saavedra en muy poco tiempo se había convertido en un personaje clave dentro del Ministerio de Indias e incluso, más allá de éste, dentro del propio Gobierno. Lo confirma el hecho de que estuviera al tanto, independientemente de haber redactado los términos de la declaración de guerra, del «plan de operaciones» que se debía adoptar. Empezando por el gran secreto de éste, consistente en la formación de una escuadra de doce navíos, con cinco o seis mil hombres, que cayeran de improviso sobre Jamaica, que se hallaba «desprevenida».

Pero no sólo estuvo al tanto, en primer plano, del plan de operaciones españoles, sino del «sistema» propuesto por los franceses que fue el que, finalmente, prevaleció. Plan consistente en unir «íntegramente» las escuadras de ambas naciones y dar un golpe de fuerza «formidable» en territorio norteamericano. Con el objetivo fundamental de poner término a la guerra en una sola campaña. Ante lo cual, tras la proclamación de la guerra, la reacción de los británicos no pudo ser mayor, tanto por la sorpresa ante la inesperada declaración como ante la reunión de tan enormes fuerzas que casi triplicaban las suyas.

Otro asunto ante el que intervino activamente Saavedra fue el de la financiación de la guerra, para el cual el ministro Gálvez recurrió a él, al pedirle un

dictamen que fue de su mayor satisfacción. Sobre este particular, tan importante, Saavedra era contrario al aumento de los tributos. Porque, según él, si se aumentaban los impuestos, «la nación quedaba oprimida bajo un peso insoportable». En el despacho de este asunto sostuvo el principio básico de que «el mayor tributo que un soberano puede imponer a su pueblo es declarar la guerra». De manera que para solucionar el problema, aconsejó en todo momento el recurso al crédito de los «grandes capitalistas» de Holanda, Nueva España y el Perú.

Por su parte, Saavedra era consciente de que en ninguna época había estado el tráfico «tan floreciente» como en el corto intervalo entre el establecimiento del libre comercio y el comienzo de la guerra. Hasta el punto, según él, de que «si hubiera seguido la neutralidad, España hubiera tenido incalculables ganancias». Todo lo cual lo trastornó aquella guerra que, en su opinión, fue «impolítica e inoportuna». Una guerra que, también según su opinión, sólo sirvió para alborotar el ánimo de «nuestras» colonias. Aparte del hecho de «crearnos un enemigo formidable a la espalda».

En la dirección y conducción de la guerra, Saavedra adquirió una gran responsabilidad. «Desde luego cargaron sobre mí los principales negocios de la guerra, como que era una de las partes que yo tenía en la Secretaría», escribió. Desde ésta, con gran intensidad, se ocupó de los asuntos mercantiles, de la situación de las plazas (desde Veracruz al Orinoco), así como de las expediciones de mar y tierra que habían de ir a América. Asimismo, estuvo en todos los detalles de la preparación de una flota en Cádiz para La Habana en el mes de abril de 1780.

Los Estados Unidos en 1780

Por las noticias de América que, en abril de 1780, trajo un barco de la Luisiana, Saavedra fue el primero en enterarse de que el gobernador de ésta, su amigo Bernardo de Gálvez, se había apoderado de varios puestos que los británicos tenían en el Mississippi. Entre ellos, Baton-Rouge, que estaba fuertemente fortificado y guarnecido. Razón por la cual se le concedió a Bernardo el grado de mariscal de campo. A la vez que se le encargó la conquista de Pensacola, desde donde los ingleses hacían un gran contrabando en todo el seno mexicano, con el dominio de la Florida oriental. En el mes de junio de 1780, Bernardo tomó la plaza de Mobila, «que es como un puesto avanzado de la Pensacola».

Al tanto de las cosas de América en el Ministerio, y particularmente de los asuntos militares, Saavedra conocía las dificultades de la empresa. Pues sabía de las dificultades para la proyectada expedición contra

Pensacola, agravada por la escasez de caudales en La Habana y la desunión que reinaba entre aquellos jefes.

Situación ante la cual el ministro Gálvez decidió nombrar a un sujeto «enterado de la situación de Europa y de los proyectos de Europa y de los proyectos del gabinete». Pues, en opinión del ministro, se necesitaba para dicha misión un sujeto que no estuviera ligado a mando o empleo, que asistiese a las juntas militares, que manifestase de viva voz los pensamientos de la Corte, que reuniese los ánimos de los jefes, que tratase con los generales de las naciones aliadas, que dispusiese las remesas de caudales y que acudiese libremente donde lo exigiera la necesidad y el buen fin de la «causa pública».

«Sujeto» que fue nombrado por el ministro Gálvez, y que no fue otro que Saavedra. Idea y elección que le fueron comunicadas a Saavedra el 22 de junio de 1780. «Al oírlo —escribió éste— me exaltó el ánimo con aquella especie de inspiración que suele ser el preludio de la fortuna, y al punto me ofrecí a su ejecución si se me consideraba a propósito para desempeñarla».

El mismo día 22 de junio de 1780, Gálvez, el ministro de Indias, conferenció con Floridablanca, el ministro de Estado. Y acordados los dos, ambos dieron cuenta al rey, quien autorizó el proyecto y aprobó el nombramiento de Francisco Saavedra para su nombramiento. Así que, en el ínterin, se le dieron las órdenes «con la presteza que exigía la urgencia y gravedad de la comisión». Mientras los duplicados de las órdenes se remitieron al punto por correo con la prevención de «muy reservadas».

Dichas órdenes se reducían a dos. La primera, dirigida al presidente de la junta de generales, mandaba formar en La Habana para la dirección de las operaciones militares, en que se prevenía el cumplimiento por la Junta «como si mis palabras fueran órdenes del rey». Y la segunda que, por las tesorerías de Indias, se franqueasen bajo la firma de Saavedra «cuantos caudales se pidiesen».

Mientras tanto, de palabra, se instruyó a Saavedra sobre los principales objetos que debía promover: 1) que se ejecutase la expedición contra Pensacola para expulsar totalmente a los ingleses; 2) que se remitiesen sin dilación a España todos los caudales posibles bajo fuerte escolta; 3) que se socorriese al presidente de Guatemala para arrojar a los ingleses; y 4) que «nuestras» fuerzas de mar y tierra, unidas a las francesas, emprendiesen la conquista de Jamaica. Numerosos fueron los detalles tratados con el ministro Gálvez después de entregarle las Reales Órdenes.

Siguiendo al pie de la letra las órdenes del ministro Gálvez, Saavedra salió de Aranjuez en la noche del 25 de junio de 1780, «en completo secreto sobre la naturaleza de su misión». Acompañado de

su criado, Ignacio Gallo, salió para Galicia, pasando sucesivamente por Villafranca, el Bierzo, Cebreros, Betanzos y La Coruña.

Una vez en La Coruña, tras enseñarle la carta al administrador de correos, se aprontó el velero más rápido que había, mientras permanecía en una fonda sin darse a conocer. Por fin, el 12 de julio de 1780 embarcó para el Nuevo Mundo en la fragata Diana, al tiempo que corrían rumores de que en Finisterre había una escuadra británica al acecho. Durante el tiempo de espera en Galicia, visitó el Departamento de El Ferrol, «establecimiento verdaderamente magnífico». Por fin, el 21 de agosto de 1780 zarpó de La Coruña.

Rumbo a América

Ya rumbo a las Indias, el velero hizo escala en las Islas Canarias, que se hallaban azotadas por una plaga de viruelas que se había cebado con Tenerife. El 22 de septiembre atravesaron el Trópico de Cáncer con gran regocijo por parte de la marinería. Tras el golfo de las Damas, fueron amenazados por un «terrible» huracán. La Diana se dirigió a Cumaná para dejar allí la correspondencia de las provincias de Tierra Firme. El 12 de octubre avistaron la isla de Trinidad, y el 14 la isla Margarita. El día 15 atracaron en Cumaná, donde Saavedra permaneció doce días. Al tiempo que llegaban noticias de los estragos causados por el huracán en las islas de Barlovento. También les llegaron noticias sobre la guerra por carta del gobernador de La Martinica. Particularmente le llegaron noticias sobre intentos de los ingleses de apoderarse de Trinidad.

Ante la proximidad y amenaza de la escuadra inglesa, el capitán de la Diana decidió, asistido por la junta de pilotos y prácticos de aquellos mares, presidida por el gobernador de Cumaná, pasar entre Puerto Rico y Santo Domingo, subir al norte, bajar a Baracoa y seguir el canal viejo hasta La Habana.

Sin embargo, a pesar de las prevenciones, el día 9 de noviembre de 1780, la Diana fue descubierta por los ingleses. Ante lo cual se echaron al agua los cajones de la correspondencia, para después rendir la bandera dada la superioridad del enemigo, la Palas. Nave ésta de 40 cañones, con 260 hombres de tripulación, bajo las órdenes del capitán Thomas Spry.

Una vez hecha prisionera toda la tripulación, Saavedra, prisionero de los británicos, tuvo noticias de quién era el capitán Thomas Spry, de la Palas. Se trataba del hijo de un almirante que en la guerra del 1745 había luchado en la India Oriental. Por su parte, el capitán inglés trató a los españoles «con mucha generosidad». Y, hablándoles en «buen» francés, cedió a los pasajeros cuanto les pertenecía. En nin-

gún momento permitió que se tocase sus baúles. Después, el capitán les invitó a cenar a su mesa y les concedió un camarote «cómodo». Mientras, por otra parte, los marineros, acalorados, abrieron varias pipas de vino y aguardiente en el barco español y, borrachos, se amotinaron. Fruto de sus excesos, encerrados en la bodega, murieron 21, porque el pañol de la Diana era muy estrecho.

Después de lo cual, todos fueron conducidos a Jamaica. A las cuatro de la tarde del 15 de noviembre llegaron a Kingstown. En *Spanish Town* se encontraron con otros prisioneros españoles, uno de ellos el gobernador del Castillo de San Juan de Nicaragua. Todos ellos fueron presentados al gobernador Dalling, que había participado en la toma de La Habana en 1763. Con posterioridad, todos, también, fueron agasajados por el gobernador, con la presencia, entre otros, de un hermano del duque de Manchester, un sobrino de lord Richmond y un nieto de lord Bolland, famoso ministro del tiempo de la reina Ana.

Francisco Saavedra se presentó como militar retirado que había servido doce años en el ejército de

maica a los corsarios de Trinidad, que llamaban «picarones». En Kingstown visitó buenos cafés y fondas, que allí llamaban «tabernas». Igualmente oyó conversaciones entre los ingleses sobre la pérdida irremediable de las colonias. En Jamaica pasó la Navidad de 1780 de forma muy alegre.

Por fin, el 1 de enero de 1781 consiguió el permiso para dejar Jamaica y trasladarse a las posesiones españolas. Y se dirigió a Trinidad, donde pasó doce días. El 22 de enero de 1781, finalmente, llegó a La Habana. Se presentó ante el teniente general Diego Navarro, quien había recibido una carta del ministro D. José de Gálvez, avisándole de su llegada, con el duplicado de la credencial que llevaba en la que se le ponía en antecedente de su misión. Seguidamente, en La Habana, se entrevistó con el comandante del Dpto. de Marina, Juan B. Bonet, el mariscal de campo Juan María de Cagigal, los jefes de la escuadra, el intendente del ejército, así como el jefe de la escuadra francesa.

La expedición a Pensacola

Con todos ellos habló de su misión, una vez que el gobernador leyó su credencial. Después de lo cual lo sentaron entre el general del ejército y el comandante general de Marina. Su misión consistía en llevar a cabo la expedición de Pensacola para arrojar a los ingleses del seno mexicano; socorrer al presidente de Guatemala y situar las fuerzas de mar y tierra en Cabo Francés. Pero, por encima de todo, de lo que se habló fue del estado en que se hallaban los preparativos de la expedición contra Pensacola.

Durante su misión, Saavedra no descansó hasta que, por fin, salió la expedición para Pensacola, el 28 de febrero de 1781. El convoy salió con viento favorable. Sus efectivos eran el San Román, de 64 cañones; las fragatas Cecilia y Clara, de 36 cañones; el chambequín Andaluz, de 20; el paquebote San Pío, de 18 y 32 transportes con 1.300 hombres. A estas tropas se habían de juntar las que se hallaban en Nueva Orleans y la Mobila, en total cerca de 3.000 hombres, que estaban bajo las órdenes del coronel José de Ezpeleta.

Francisco Saavedra participó activamente en el desembarco de Pensacola, junto al ejército que mandaba su amigo Bernardo de Gálvez, que ascendía a 7.805 hombres, entre ellos 1.200 negros, formados en dos cuerpos. Saavedra asistió a todas las operaciones, siempre al lado de Bernardo, cosa que le había encarecido el tío de éste, D. José de Gálvez.

Previo al desembarco, hubo muchas apuestas a tirar al blanco, pues Bernardo era «tirador diestrísimo con bala y flechas». También participó en las conversaciones con diputados de la población de que no

Finalmente, también asistió Saavedra, junto con Bernardo, a la toma de Pensacola, después de que éste no accediera al deseo de los ingleses de suspender el fuego

España hasta el grado de capitán, y que era empleado por el ministerio de Indias en asuntos mercantiles. Asimismo, dijo que iba comisionado por el Ministerio a La Habana y México para tratar de negocios de comercio y de minas. Declaraciones que hizo para evitar sospechas y ulteriores averiguaciones porque, según él, «no hay engaño más eficaz ni menos expuesto que decir la mitad de la verdad». Pues sospechaba que la tripulación de la fragata habría dicho que era militar, y se dirigía a La Habana para asuntos de importancia.

La corta pero interesante «experiencia jamaicana» llevó a Saavedra –plumífero empedernido– hasta a escribir un diario. Durante su estancia en la isla hizo contactos con ingleses e irlandeses. Conoció a un judío, Aaron Enríques, que le dio abundantes noticias. Visitó al vicealmirante Peter Parker, que había participado en la expedición a Charleston en 1766. En la isla comprendió el terror con que se miraban en Ja-

harían uso del pueblo para las operaciones militares. Personalmente, se sintió gratamente impresionado con el «gran efecto» de las baterías sobre los fuertes revestidos con troncos de palma. «Vivísimo» fue el fuego de metralla y fusilería sobre el fuerte Jorge. En su táctica, los ingleses repartieron entre los indios aguardiente y balas.

Finalmente, también asistió Saavedra, junto con Bernardo, a la toma de Pensacola, después de que éste no accediera al deseo de los ingleses de suspender el fuego, mientras se capitulaba. Bernardo fue intransigente con la condición de que Pensacola y toda la Florida Oriental quedarían bajo la dominación española. Las tropas inglesas quedaron como prisioneras de guerra, aunque se les concedió honores militares. Después de lo cual se les enviaría a dominios británicos. Fue, exactamente, a las tres de la tarde del 9 de marzo de 1781 cuando Bernardo de Gálvez tomó posesión de Pensacola. Los españoles fueron recibidos «con el mayor alborozo». El número de prisioneros ascendió a 1.200 hombres. El botín consistió en 143 cañones capturados y 2.150 fusiles.

Tras la toma española de Pensacola, Saavedra decidió con su amigo Bernardo preparar un barco para llevar a Madrid la noticia de la toma de la plaza. Tras lo cual Bernardo decidió que Saavedra volviera a La Habana, adonde llegó el 30 de mayo de 1781, mientras Bernardo se dirigió a La Luisiana a esperar los efectos de la «feliz campaña».

Por su parte, Saavedra entabló relaciones con los franceses, particularmente con el caballero Montiel y el Conde de Grasse. Labor, la de poner de acuerdo a los españoles con los franceses, que no fue nada fácil. Desde La Habana, Saavedra escribió al Conde de Aranda, en París, con noticias de lo sucedido.

Misión cumplida

La misión de Saavedra en La Habana, acordada con Bernardo de Gálvez, truncó sus planes, que eran los de presenciar las operaciones de los franceses en la bahía de Chesapeake y tratar con los generales Washington, Rochambeau y La Fayette. Planes que había convenido con el Conde de Grasse. Una frustración que el propio Saavedra explica con las siguientes palabras: «Por lo que traté con Gálvez me desengañé que mi presencia era necesaria en La Habana, y renuncié, aunque con dolor, a mi designio que en realidad tenía algo de quijotesco».

Sobre su vuelta a España, Bernardo le encargó que hablara con su tío D. José de Gálvez de la situación de La Luisiana, una provincia que formaba «el antemural de nuestro reino de México contra los anglo-americanos», y que, sublevada, sería «inconquistable».

Estaba en ello cuando llegó entonces la noticia de la concesión de los grados de teniente general para Bernardo, Cagigal y Solano. Por lo cual hubo gran alegría en el pueblo y muchos convites y bailes. Por su parte, Saavedra recibió una carta de Gálvez en la que le decía que, dado que no había ejercido su comisión bajo carácter militar, no se le confería ascenso en esta carrera, pero se le concedía la Cruz de Carlos III y una pensión de 8.000 reales sobre la Tesorería de Guerra.

Desde La Habana, antes de regresar a España, Saavedra hizo un viaje de «gran provecho» a México, en donde se entrevistó con el virrey Martín de Mayorga y el intendente Pedro Cossío, el *totumpotens* del reino. En el camino desde Veracruz fueron numerosas las referencias que hizo a D. José de Gálvez, durante su «famosa» visita. En la capital del virreinato visitó, además de la Casa de la Moneda, la Academia de Bellas Artes y la casa de La Acordada. Pero lo más importante fue que el virrey dejó a su disposición el embarco de tropas, dineros y víveres, llegando a obtener en poco tiempo dos millones de reales. Todo esto entre noviembre y diciembre de 1781.

Desde México, Saavedra regresó a La Habana el 5 de diciembre de 1781. Inmediatamente se entrevistó con Bernardo, que estaba con su esposa, Felicitas Maxent, en una hacienda vecina. Todos se manifestaron satisfechos con lo ejecutado en México. Los dos amigos, Bernardo y Saavedra, tuvieron que serenar a Francisco Miranda, que se hallaba obsesionado con preparar una expedición contra Jamaica. Mientras, por su parte, Gálvez comunicó a Saavedra y a Ezpeleta la idea de reunir una junta secreta de los oficiales de mayor reputación del ejército para la nueva empresa.

El plan, que fue tratado ya en abril de 1781, se abandonó, finalmente, al ser superior las fuerzas británicas en Jamaica, no obstante disponer de los 36 navíos de la escuadra francesa de Grasse.

Cumplida su misión, Francisco Saavedra regresó a Europa, llegando a Francia en junio de 1782, después de un viaje sin dificultades, de 31 días. El comisionado sevillano se dirigió a París, donde se presentó ante el embajador Conde de Aranda, quien se alegró mucho de su llegada. Según Saavedra, ambos hablaron largamente de los asuntos de América. Por su parte, el conde le pintó «el verdadero estado» de Europa. Nada más llegar a la capital francesa, desde París, Saavedra escribió de inmediato lo mismo a Gálvez que a Floridablanca.

Agasajado en París por Aranda, éste le presentó al ministro de Estado, Conde de Vergennes, con quien hablaron de la escuadra de Mr. De la Grasse. También se entrevistó con el ministro de Marina, cuando Aranda fue recibido por el rey de Francia. Su popularidad fue de tal grado que, según el propio Saavedra, «todos los ministros nos quieren llevar a

comer». Asimismo, el embajador Aranda le dijo «que el rey se había dignado preguntarle por él».

Durante su estancia en París, Saavedra visitó Versalles, el Louvre y la fábrica de china de Sevres. En la ópera asistió a la representación de *Ifigenia en Táuride*, con música de Gluck. La representación resultó impresionante, con la presencia de 150 actores y más de cien bailarinas. En el teatro se encontró con Pablo de Olavide, el antiguo todopoderoso asistente de Sevilla e intendente de las Nuevas Poblaciones, que se hallaba en Francia desde 1778. Utilizaba el título de Conde de Pilo, «con quien, después, tuve muchas sesiones», escribirá el comisionado sevillano.

Entre otras actividades, se entrevistó con Mr. Maxent, suegro de su amigo Bernardo de Gálvez. También frecuentó la comedia y los bailes de máscara. Con Aranda, mientras tanto, registró mapas de América para el ministro de Indias, D. José de Gálvez.

El colofón de su estancia en la capital francesa se produjo el 8 de junio de 1786, cuando condujo a Aranda a Versalles y se lo presentó al rey, hallándose presentes la reina María Antonieta, los condes de Provenza y Artois y Madame Elisabetta Victoria. Finalizada su estancia en París, Saavedra se dirigió, por fin, a España. A la Granja de San Ildefonso, lugar de la corte en aquellos momentos, de donde había salido inicialmente para acometer la empresa encomendada. Llegó el 2 de julio de 1782. Inmediatamente fue recibido sucesivamente por los ministros Gálvez y Floridablanca. Después fue recibido en audiencia por el propio rey Carlos III, ante quien Saavedra expuso con detalle su misión en América al lado de su amigo Bernardo de Gálvez.